

**Rosaura Martínez Ruiz**

***Trauma o en busca de la agencia perdida.  
Escucha y subversión***

MARÍA PÍA LARA

En su anterior libro, *Eros. Más allá de la pulsión de muerte* (2018), Rosaura Martínez Ruiz presentó una defensa positiva del legado freudiano, como indica su título, pero además ofreció una defensa original del eros frente a los embates de la pulsión de muerte para dar la vuelta a las interpretaciones más conocidas basadas en el pesimismo de Freud. En esta nueva obra, *Trauma o en busca de la agencia perdida. Escucha y subversión* (2024), desarrolla una defensa de la pulsión erótica que sigue un curso similar al del anterior libro, pero ahora para salvaguardar el eros no sólo como una “fuerza de resistencia” (p. 139), sino como un proceso generador de acción cuyo tránsito —gracias al sentido dialógico de la escucha— permitiría la recuperación de lo que ella conceptualiza como la agencia política colectiva.

El libro también busca dar un paso más en relación no sólo con la autorreflexividad del relato y de su representación, sino con la posibilidad de articular la cura —o el cuidado— cuando quien narra un episodio traumático promueve el proceso de la agencia en el que son los otros, los capaces de “escuchar”, los que se convierten en agentes. Se abren así las posibilidades de una cura, pero no como la “mera desaparición de [los] síntomas patológicos” (p. 18), sino como el proceso mismo “del cuidado [que nos debemos] los unos por los otros” (p. 18). Este trabajo no podría haber salido en un momento más fundamental por lo extremo de la situación

**Datos de la autora:**

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa  
mpl54here@yahoo.com  
orcid.org/0000-0001-8467-3074

**Datos del libro:**

Rosaura Martínez Ruiz  
*Trauma o en busca de la agencia perdida.  
Escucha y subversión*  
Akal, México, 2024, 192 pp.

**Datos del trabajo:**

Recibido: abril 26, 2025  
Publicado: noviembre 11, 2025

mundial con la guerra genocida de Gaza, la invasión rusa de Ucrania o los terribles sucesos de Sudán y la llegada de Trump al poder, mientras que en Europa también la ultraderecha ha ido ganando territorio. México está en un mejor momento, pero aún no hemos ajustado cuentas con los traumas que siguen ensombreciendo nuestro presente, como los jóvenes asesinados en Ayotzinapa, las personas desaparecidas y la violencia organizada que sigue generando raudales de violencia, muertes y desapariciones.

El texto de Martínez Ruiz parte por ello de cómo la violencia deja sus huellas psíquicas como archivos. Baste aquí recordar uno de los trabajos más estimulantes de Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, que también ha inspirado interpretaciones sobre los traumas colectivos y por ello ha sido retomado por Jacques Derrida, Jan Assmann, Edward Said y Eli Zaretsky. El trauma colectivo es un tema que importa abordar porque hoy enfrentamos nuevos retos cuando continuamos pensando en lo que significó un trauma como el del Holocausto y, aun así, somos incapaces de reflexionar críticamente sobre el tema de Gaza.

Hay, sin embargo, otra conexión vital con la teoría crítica que proviene de Frankfurt, como en su anterior libro la había con *Eros y civilización* de Herbert Marcuse. El tema se enlaza aquí con las capacidades del análisis como una teoría crítica por ser autorreflexiva y porque necesita ser performativamente dialógica. Este esfuerzo es semejante al que fue el más ambicioso proyecto de Jürgen Habermas para definir la teoría crítica cuando argumentó que el psicoanálisis era una herramienta aún más apropiada que la hermenéutica porque era también una especie de arqueología del narrar. En su texto *Conocimiento e interés* (1968) Habermas afirmaba que: “El trabajo del *psicoanalista* parece coincidir inicialmente [con] el del historiador o, más exactamente, con el del *arqueólogo*. De hecho, su tarea consiste en la reconstrucción de la historia del primer periodo de vida del paciente” porque tiene que ser posible “presentar narrativamente los acontecimientos relevantes olvidados para la historia de la enfermedad ignorados al comienzo de la afección [...] el trabajo queda dividido [entonces] entre uno y otro”. Lo que en el libro de Martínez Ruiz es la cura del que escucha, en el de Habermas aparece como “el trabajo de reconstrucción del psicoanalista [que] muestra metodológicamente una clara convergencia con las reconstrucciones que realiza el arqueólogo con hallazgos”, que surgen desde “el recuerdo del paciente [que es el que] *decide* sobre la validez de la construcción narrativa”. En el giro teórico de la autora, la validez se atribuye a

quien escucha, pues sólo entonces se convierte en el agente de la cura. Este proceso autorreflexivo es una manera de construir la dimensión crítica sobre lo que ha ocurrido y que sólo pasa a otro nivel cuando se ha escuchado la narración. No sólo incluye la dimensión cognoscitiva, sino también la afectiva y motivacional. Por eso, argumenta que una comunidad política se constituye en ese proceso con la mediación de las narrativas. No es banal que se me haya ocurrido la similitud de su texto con el de Habermas, porque ella da una vuelta de tuerca al pesimismo freudiano con una perspectiva en la que el eros irrumpe como una fuerza que sólo es efectiva cuando genera la articulación de los agentes. Para Celikates 2018, por ejemplo, el trabajo de Habermas se mueve en el territorio dialógico de la autorreflexividad, lo cual establece un tipo de praxis que forma parte no sólo del conocimiento ético, sino también de un conocimiento práctico que él adjudica a los movimientos sociales más que al teórico que debe captarlos y teorizarlos. Y aquí está la conexión que me gustaría establecer entre el libro que reseño y el intento de Habermas por pensar que la agencia política puede hallarse en el trabajo de la construcción dialógica de una comunidad política: sugiero que el esfuerzo de la autora por reivindicar la fuerza autorreflexiva del psicoanálisis puede comprenderse mejor como una analogía de lo que podría ocurrir empíricamente en el mundo de la política. Podría ser el resultado de un concepto de imaginario colectivo en el que ciertos procesos traumáticos que causan grandes sufrimientos colectivos se convierten en huellas mnémicas en la sociedad. Y, en este sentido, podrían requerir de una serie de esfuerzos colectivos para hacer aparecer las historias que posibiliten “la escucha”. Las narraciones cumplirían aquí un papel esencial. Este esfuerzo se acerca también mucho a lo que yo quise hacer en mi libro *Narrar el mal* (2009).

Martínez Ruiz plantea una interpretación de la obra de Arendt sobre las narraciones y una interpretación de Paul Ricœur sobre lo que podrían ser las posibilidades colectivas de autorreflexión que pueden llevar hacia una autotransformación. Pero se trata de algo diferente de lo que Arendt pensaba, pues en su teoría de la acción colectiva los actores que participan en la vida pública son agonistas por la contribución del que decidía participar en la vida colectiva (como en el caso de Aquiles, quien ejemplifica el valor de participar en lo público). Sin embargo, Martínez Ruiz tiene razón: nadie sabe cómo terminará la acción, por lo que podemos iniciar nuestra historia, pero no sabemos cómo concluirá. La acción colectiva consiste en poder iniciar algo en el que participan

otros, pero el valor del agonista es el deseo de contribuir en el mundo político, el esfuerzo del segundo nacimiento.

Veamos entonces cuál es la contribución original de la autora. El trabajo de Arendt se combina con el de Ricoeur y con el de Freud. Parte de la afirmación freudiana de que “no somos amos de nuestra propia casa” y lo conecta con la afirmación ontológica de Arendt sobre cómo “tampoco somos los autores de nuestras narraciones”. En cierta forma somos los que podemos iniciar una acción, pero no sabemos cómo terminará. Otros después la convertirán en historias. La combinación de Freud con Arendt es sugerente y tiene también una dimensión adicional. Somos opacos frente a nosotros mismos y esa falta de autotransparencia es lo que abre la posibilidad de que seamos alterados con y por los otros. De esta manera, Martínez Ruiz tematiza el proceso de la subjetivación y el de sujeción. Se trataría entonces, en términos freudianos, de una economía energética de la irrupción y la resistencia.

El libro también conecta a Freud con Derrida porque relaciona el concepto de la *alterabilidad* derridiana con el de la *vulnerabilidad* butleriana. La *alterabilidad* de la huella mnémica supone cómo la psique está expuesta permanentemente a lo que nos ocurre y por ello podemos pensar en “la psique [como] un archivo de huellas mnémicas” (p. 37). Por eso está conectado íntimamente con el concepto butleriano de vulnerabilidad, pues no hay forma de escapar de esas huellas. Es una economía psíquica desde la que es posible advertir la a(b)ertura y las irrupciones a las que estamos sometidos; pero también los horizontes de resistencia de los sujetos y su vulnerabilidad. De esta forma, la radicalización del concepto de vulnerabilidad se presenta como la condición ontológica de cómo padecemos *alter*-aciones, ya que estamos expuestos al mundo de las contingencias históricas y a las huellas que nos dejan (p. 39). La noción de escritura derridiana surge entonces como la fuerza del sujeto que busca aproximarse a otro y, al mismo tiempo, se encuentra también la resistencia que se le opone. El impacto existencial y el contacto con la violencia de otros constituyen así el territorio fundamental de la psique. Así, lo que construye Martínez Ruiz es la dimensionalización de la vulnerabilidad que padecemos con la violencia y la obligación de otros de recuperar esas huellas mnémicas generando una autotransformación o cura.

Se trata entonces de reflexionar en forma crítica sobre ese espacio colectivo en donde aparecen las huellas mnémicas, los traumas y lo que deberían ser los esfuerzos colectivos por encontrar aperturas que nos permitan autotransformarnos mediante el esfuerzo de “la demanda del

que escucha”. Consiste por eso en “subvertir el trauma psíquico y el discurso de odio”. Los procesos performativos de autoconstitución de una comunidad política entre las narraciones y los que escuchan serían capacitadores de la agencia colectiva, mientras que las narraciones son los vehículos autotransformadores. Aparece así la denominada “gramática de la escucha” y la cuestión del poder narrativo en lo que se concibe como la apertura y la necesidad de redireccionalización.

El problema de la relación del perdedor con los que dominan se refiere a que no siempre existen los canales apropiados para que esas escuchas estén aseguradas. Pensemos, por ejemplo, en lo que ocurre ahora en Israel o en Alemania, en donde prácticamente se controla lo que digan los medios de comunicación y el supuesto “apoyo a la causa Palestina”. Y éste es el tema que me preocupa ahora porque los usos de internet han sido desastrosos al convertirse en canales de odio y violencia.

Por último, quiero ofrecer un ejemplo de narrativa que refleja muy bien lo que la autora desarrolló en su trabajo, y para ello analizo la más reciente película del cineasta iraní Mohammad Rasoulouf titulada *La semilla del fruto sagrado*, que figuró hace poco en la cartelera porque fue nominada a los Premios Óscar como mejor película extranjera en 2025 —y que representa a Alemania por lo que comentaré enseguida—. Propongo que pensemos en esta película como una narrativa que es y ha sido escuchada. La cuestión sería: ¿por quiénes y cómo? En este caso, la película no sólo es ficción, sino que narra un suceso histórico reciente y traumático: el asesinato de Mahsa Amini por parte de la policía por llevar mal puesto el hiyab (el velo obligatorio para las mujeres en Irán). En la película esto se describe como un trauma colectivo y la reacción es parte de cómo emerge un movimiento social en el que no sólo participan las mujeres feministas jóvenes, sino también los muchachos. El movimiento feminista alzó un lema, “mujer, vida y libertad”, y fue reprimido violentamente, como se ve en varias escenas de la película. Sugiero entonces que pensemos en la cinta como la narración del trauma colectivo —la huella mnémica—. Los y las iraníes supuestamente no pueden ver esta película porque está prohibida, pero estoy segura de que hoy día es más fácil burlar la censura con la pericia electrónica que tienen los jóvenes para bajar películas en forma pirata del internet.

El director de la cinta tuvo que exiliarse y por eso la película representa a Alemania y no a Irán, aunque todo el mundo sabe la razón. Lo significativo es poder comprender que la narración tiene un efecto curativo en varios niveles. Primero, en las y los jóvenes de la historia real y

que aparecen representados en la película en las acciones violentas de la terrible represión, en la que muchas mujeres y hombres fueron condenados a la cárcel y mucha gente fue herida con cartuchos de perdigones. Después, en las propias jóvenes que aparecen en la película, que consiguen reaccionar contra lo que ocurre y terminan deshaciéndose del autoritarismo patriarcal encarnado por el padre. Por eso se ha prohibido la película en Irán, ya que en ese país no puede escenificarse la caída del patriarcado, simbólicamente representado por la muerte del padre que pretendía controlarlas y someterlas, ya que él es la encarnación del Estado y del Imán. Así, todas las mujeres y hombres que han participado en ese movimiento de resistencia están ahora reforzados por todas las personas que tratarán en Irán de ver clandestinamente la película. El poder de revitalizar la sociedad con una narración como ésta puede dar comienzo a la cura de las y los que escuchan.

La contribución original de Martínez Ruiz consiste en que la agencia a la que ella se refiere no es la de la chica que muere en la película —aunque se rebeló al mandato de llevar el velo que debería ocultar el pelo—, sino la de aquellas y aquellos que ahora puedan escuchar la historia. Concluye entonces que “si la agencia es producto no de la acción, sino del relato de la acción, se trata de una entidad que es siempre *a posteriori*, o en retardamiento, si queremos hacer uso del vocabulario freudiano” (p. 91). Los conmino a leer este trabajo porque merece nuestra atención.

Además, sugiero que tendríamos que examinar con cuidado qué son los espacios informales desde donde ocurren (o dejan de ocurrir) las intervenciones de los y las narradoras y lo que significa que ciertos gobiernos apoyen (o dejen de apoyar) estos procesos. Sería parte de la teorización del poder entre ganadores y perdedores en las historias, quién las cuenta, por qué y para qué. Por eso en mi libro yo hablaba de las guerras de las memorias y mostraba la necesidad de trabajar con las instituciones y los medios de comunicación. Pensemos que en la historia siempre hay ganadores y perdedores. Los traumas sólo pueden ser trabajados cuando hay un esfuerzo colectivo e institucional, incluido el del Estado, para marcar el fin de un momento histórico traumático e iniciar la etapa que, en términos de Arendt, podríamos llamar “un nuevo comienzo”. En mi libro *Narrar el mal* abordé algunos de estos problemas que involucran la materialización de la justicia: los juicios públicos a culpables, la aparición de datos y testigos, la concepción y, a veces, la acuñación de nombres para crímenes que antes no tenían denominaciones legales ni reconocimiento público. Esto queda incluido en el libro

objeto de esta reseña como la construcción de “la verdad”, si es que entendí bien las preocupaciones de la autora.

Me parece que el esfuerzo de Rosaura Martínez Ruiz debe ser muy bienvenido, pues resulta necesario que contemos con más recursos psicoanalíticos como el pensamiento sobre la huella mnémica y los sedimentos históricos en conexión con conceptos tales como el de regresión o rupturas.

### Referencias bibliográficas:

- Celikates, Robin, 2018, *Critique as Social Practice. Critical Theory and Social Self-Understanding*, trad. N. van Steenberg, Rowman y Littlefield, Londres/Nueva York.
- Freud, Sigmund, 1984, *Moisés y la religión monoteísta. Tres ensayos*, NoBooks Editorial, Argentina.
- Habermas, Jürgen, 2023, *Conocimiento e interés*, trads. M. Jiménez, J.F. Ivars y L.M. Santos, Taurus, Madrid.
- Lara, María Pía, 2009, *Narrar el mal. Una teoría posmetafísica del juicio reflexionante*, Gedisa, Barcelona.
- Marcuse, Herbert, 2010, *Eros y civilización*, trad. J. García Ponce, Ariel, Barcelona.
- Martínez Ruiz, Rosaura, 2018, *Eros. Más allá de la pulsión de muerte*, Siglo XXI Editores, México.